

COMUNICACIÓN 6

LA IMAGEN DEL DOLOR. LA REPRESENTACIÓN DEL SUFRIMIENTO Y LA MUERTE EN LA INFORMACIÓN AUDIOVISUAL

MIGUEL CATALÁN GONZÁLEZ

Universidad Cardenal Herrera - CEU

1. ÁMBITO DE ANÁLISIS Y VALORACIÓN

Me propongo en esta contribución examinar, desde el punto de vista de la deontología profesional y en relación con el problema de la verdad y la responsabilidad informativas, en qué casos y en qué grado resulta aconsejable emitir las imágenes explícitas del dolor y el sufrimiento personales, incluido el de la muerte, en los informativos audiovisuales.

Quedan fuera de nuestro campo de análisis y valoración los llamados “informativos de realidad-espectáculo”, es decir, aquellos espacios de entretenimiento compuestos por reportajes de caídas, golpes y situaciones límite grabados en buena parte por videocámaras domésticas. Nuestro objeto se centra por el contrario en los informativos generales de las grandes cadenas de televisión, incluyendo las de carácter público, emitidos para todos los públicos, incluyendo el infantil.

2. EXPOSICIÓN Y DISCUSIÓN DE LOS ARGUMENTOS.

Los informativos españoles han seguido ofreciendo en los últimos tiempos imágenes atroces: el primer plano de dos niñas enterradas a toda prisa tras unas inundaciones devastadoras, una entre las piernas de la otra y ambas con el rostro desfigurado; el cuerpo deshecho y semidesnudo de una víctima del terrorismo; el rostro

crispado por el dolor de unos padres en el justo momento de enterarse de que su hijo ha fallecido en un accidente aeronáutico... El problema, teórico y práctico, es el de saber si tales imágenes deben emitirse.

La tesis favorable a la representación explícita de *todas* las imágenes disponibles, no importa su crudeza o posibles efectos, argumenta en primer lugar que tales imágenes reflejan la realidad; que son ciertas y, por tanto, deben mostrarse para satisfacer así el principio de veracidad informativa. Un segundo argumento expone que sólo al mostrar la realidad en toda su aspereza se puede influir en la sensibilidad (compasión, solidaridad o piedad) de los espectadores para que tomen conciencia de una situación lamentable y puedan contribuir a resolverla.

A mi modo de ver, tal tesis y tales argumentos adolecen de serios defectos, al menos en su pretensión de dar por válida *toda* representación del dolor.

Respecto a la veracidad u objetividad de los hechos representados, debe señalarse que, salvo excepciones, el director del informativo o el director de programación *siempre* selecciona las imágenes que ilustran un reportaje o noticia. Todas ellas son igualmente verdaderas, tanto las elegidas como las descartadas. Si, como viene siendo casi habitual, a la hora de ilustrar una información sobre cardiopatías se elige una grabación de archivo donde aparece en primer plano una operación quirúrgica a corazón abierto con las vísceras sangrantes, se están descartando (excluyendo) otras imágenes igualmente “reales”, y quizá más informativas. Lo mismo sucede cuando la grabación no es de archivo; las tomas de impacto no se “esconden” cuando se eligen otras más templadas, del mismo modo que no se esconden las templadas cuando se eligen las excitantes. En ambos casos se seleccionan. Pues también en eso consiste la función de *gatekeeper* de toda redacción informativa: en seleccionar y poner en contexto el material disponible, y en responsabilizarse del resultado. Lo que cuenta en cada caso es qué imágenes son adecuadas para esa noticia... si es que se trata de una noticia. Porque, en ocasiones, la “noticia” ni siquiera existe, sino que se crea a partir de la nada en busca de simples emociones fuertes: son las emociones suscitadas por algunos noticiarios españoles en junio de 2002. Una cadena privada de televisión abrió su informativo de las 15,00 h. con la noticia bomba de un vestuario de segunda división donde se veía a un futbolista propinando a otro un par de sopapos. La noticia más importante de ese día en todo el ancho mundo parecía ser la secuencia de marras en un vestuario perdido; sobre todo si tenemos en cuenta que se repitió tres veces en ese mismo telediario, mientras los locutores de la sección deportiva se recreaban una y otra vez en la trayectoria del brazo percutiente y se “lamentaban” de la existencia de tal “escándalo”. Fútil lamentación e inexistente escándalo. La selección viciada del contenido de la información resulta aquí palmaria, como también lo es la función de bebida espumosa de cierto periodismo televisivo que pareciera conformarse con hacer cosquillas a la audiencia a fin de que se agite.

Que el horror reproducido sea cierto o verdadero no significa que la verdad *consista en* ese horror. Reproduzco la pregunta de Luis Matilla: «¿Es más real el

desembarco cinematográfico de las fuerzas norteamericanas en Kuwait, ofrecido a bombo y platillo a través de todas las televisiones del mundo, que las imágenes, jamás distribuidas, de las apisonadoras del ejército USA enterrando vivos a los soldados iraquíes en sus trincheras del desierto? ¿Cuál se considera violencia exportable y cuál otra debe pasar a engrosar los archivos de materiales clasificados? ¿Debe nuestra sensibilidad hallarse a merced de la elección de los gabinetes de prensa? ¿No es algo demasiado serio por ser demasiado inmediato y poco controlable, que nos emocionemos ante la selección del horror que se ponga ante nuestros ojos? »¹.

Por otra parte, pensar que las imágenes espectaculares y extremas son, en sí mismas, *más* informativas que el resto es un error, y lo contrario podría ser más cierto en algunos casos. En esa dirección, un reciente estudio comparativo de los contenidos audiovisuales en EE. UU., España y Brasil, tanto en grupos de universitarios de estratos sociales altos como en grupos de muchachos de estratos bajos, sugiere que la espectacularización y la sentimentalización de las noticias favorece la falta de interés por la política y la sociedad de los grupos menos favorecidos, dado que esas noticias son su única fuente estable de información. Respecto a la percepción que tales grupos tienen de su entorno, el estudio concluye:

La información se sentimentaliza, y eso no es bueno. En las 46 historias de vida recogidas en Palencia, la preocupación por la política nacional se reduce al terrorismo y a las elecciones: el asesinato de Miguel Ángel Blanco (37 casos) y el acceso del PP al gobierno (sólo 4 menciones). En política exterior también prima la violencia (desastres y guerras), por lo general, comprimida en una simple foto. Por ejemplo, el Tercer Mundo se encapsula en la imagen de una niña colombiana ahogándose en un pozo. La guerra de Argelia se evoca con una mujer que llora la muerte de un familiar en sus brazos. Sólo un participante menciona a una ONG (Greenpeace) (...) En los jóvenes brasileños de barrios pobres, esta pobreza subjetiva (...) se resume en la primacía emocional: empatía con las tragedias que recogen las noticias dramáticas e identidad colectiva respecto al deporte. (...) La televisión comercial activa emociones que no apuntan a identidades o soluciones políticas o de los mundos sociales de estos espectadores. El círculo emocional está diseñado para el consumo de imágenes que remiten a ellas mismas².

Por lo que respecta al segundo argumento, que viene a encarecer la influencia de las imágenes brutales en la compasión y solidaridad de los espectadores con las víctimas representadas, ha de convenirse ante todo en que es cierta en algunos casos; y que su emisión en tales casos no sólo es admisible, sino decididamente

¹ Matilla, Luis, "La violencia en los medios audiovisuales", en *Comunicación y Medios*, <http://www.comunicacionymedios.com/Reflexion/teorias/articulo24.htm#> (Fuente: Corporación Multimedia).

² Sampedro, Víctor, Bankhurst, Kevin G. y Cordeiro, Tânia, "La edad de la inocencia: Mercantilización Mediática", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Madrid (en prensa).

recomendable. Así, los videos de masacres o asesinatos ocurridos en los Balcanes, Sabra y Shatila, Sierra Leona, la reciente “muerte en directo” del niño palestino en presencia de su padre, el soldado israelí arrojado por una ventana, pueden contribuir a que el público impulse a sus gobiernos a tomar resoluciones prácticas en una determinada dirección. El amasijo de hierros donde murió Lady Diana Spencer ha podido tener un efecto contra el amarillismo informativo, y la fotografía de la niña vietnamita huyendo del napalm se convirtió en un icono pacifista contra la guerra de Vietnam.

Dos hechos concomitantes deben tenerse en cuenta en torno a los ejemplos citados; en primer lugar, se trata de situaciones atroces de cuya representación en los medios pueden seguirse efectos positivos (aunque también pueden banalizar o sentimentalizar conflictos complejos, dejaremos esa posibilidad a un lado a efectos expositivos). Mi impresión es la de que tales ejemplos son poco representativos de la interminable profusión de sangre y lágrimas que ofrecen nuestros espacios informativos. En términos comparativos, las injusticias reparables mediante el impulso de la opinión pública a partir de la contemplación del espanto son relativamente escasas al compararlas con el aluvión diario de truculencias. Más frecuentes son las imágenes de extremo sufrimiento personal cuyas causas el espectador no puede corregir y cuyos efectos, la mayoría inmediatos, no puede paliar. Esta demanda por parte de los medios de “condolencia inútil” aprovecha que el Pisuerga pasa por Valladolid para dar la muerte en directo de una niña agonizante con motivo de un terremoto, los cuerpos descuartizados de los viajeros de un tren que descarriló o una ejecución de archivo con disparo en la nuca con motivo de una interpelación sobre los Derechos Humanos en China.

3. SOBRE LA COMPASIÓN Y SUS LÍMITES

En términos generales, sabemos que la compasión es tanto más intensa cuanto mayor es el grado de identificación que establece el sujeto por medio de los sentidos entre el objeto digno de lástima y él mismo. No nos causa la misma lástima una mosca moribunda que un oso panda moribundo; ni tampoco la savia de un árbol que la sangre de un chimpancé; y la ordenación básica de las preferencias se lleva a cabo a partir del hecho de que los segundos términos son en ambos casos más parecidos a nosotros, los humanos, que los primeros. Tal parecido permite, por tanto, una mayor identificación con el ser sufriente. Ya se deja ver que el dolor vicario sentido por un ser muy semejante o muy cercano a nosotros se asemeja al dolor causado por una desgracia personal. El organismo tiende a evitar ese intenso dolor en la medida en que tiende a evitar el dolor propio; tal reacción ante la sobreexposición al sufrimiento es el motivo de que se produzca entre los televidentes el efecto conocido como “cansancio de la compasión”: «Como el SIDA —escribe William Shawcross—, la fatiga de la compasión es una enfermedad contemporánea. Los síntomas son, primero, una

acometida de preocupación por un grupo distante y obviamente sufriente, seguido por el tedio y un sentimiento de repliegue que a veces llega al desdén... La fatiga de la compasión se nutre de la velocidad y la intensidad de las comunicaciones que confunde y desorienta a la población en todas partes»³. Shawcross habla de una “enfermedad”, no de los órganos físicos del espectador, sino de su humanidad: es su sentido de la dignidad el que queda dañado cuando los muertos terminan siéndole indiferentes.

Un fenómeno concomitante y vinculado al cansancio de la compasión es el de la “obsolescencia de la compasión”: cuando ha dejado de ser novedosa en el mercado del dolor, la imagen horrenda se sustituye un buen día por otra imagen horrenda que tiene lugar en otro punto del globo, aunque la causa del primer horror permanezca inalterada. La noticia y el problema derivados de la primera imagen, ya desgastada, pierden fuerza e impiden que la compasión tenga el efecto que se supone estaría destinada a despertar. Watson y Hill nos proporcionan una muestra de sobreimpresión por obsolescencia obtenida en 1991: «las hambrunas de África desaparecieron de los medios para dar lugar a boletines urgentes sobre la Guerra del Golfo y las víctimas iraquíes, que hacia el final de la guerra dejaron su lugar a los refugiados kurdos, los cuales a su vez dejaron su lugar a nuevas catástrofes, sin haberse solucionado a día de hoy sus problemas»⁴.

La fatiga y la obsolescencia de la compasión se explican por los límites naturales de las emociones empáticas, que pierden intensidad más allá de cierto umbral de frecuencia. Hablemos brevemente de ello.

La compasión es, en la excelente definición de Schopenhauer, la "participación vicaria en el sufrimiento de otro". Un sufrimiento, por tanto, que despierta en nuestra sensibilidad, a modo de eco, el sufrimiento de otro individuo.

Todos coincidimos en que, considerado en sí mismo, el de la compasión es un sentimiento benevolente. En nuestros días, además, se suele asociar la falta de compasión a la crueldad; y teniendo en cuenta que se ha definido la crueldad como “el único pecado de nuestros días” (Richard Rorty), no debe extrañar que a la falta de compasión le quepa el penoso honor de haberse convertido en la única falta moral verdaderamente indefendible en un cambio de siglo que ha diluido, hasta casi anularla, la noción de responsabilidad moral. Todo crimen parece disfrutar de una causa exterior que lo explica, una causa acaso radicada en la infancia del individuo, acaso en la infancia de la especie, la cual eximiría de culpa, en todo o en parte, al agente moral... excepto la crueldad.

El grito o la mueca de dolor se han convertido, en este momento de contingencias y perplejidades morales, en los únicos impulsos seguros para la acción. Y el dolor ni siquiera es lo contrario del placer, sino una experiencia mucho más perentoria. Así, frente al cálculo de la acción sopesando los grados en la escala continua del placer y

³ Cit. en Watson, J., y Hill, A., *A Dictionary of Communication and Media Studies*, Edward Arnold, Londres, 1993, pp 41-2.

⁴ WATSON, J., y HILL, A., op. cit., p. 42.

del dolor propuesta por el utilitarismo de Jeremy Bentham en una especie de balanza ideal, Karl R. Popper⁵ ha observado con razón que el dolor no es homogéneo con el placer, pues el sufrimiento de un hombre implica una llamada de auxilio que no implica el placer para que sea aumentado. Mucho menos puede contrapesarse el sufrimiento de un hombre con el placer de otro. Popper propone para superar esta falta de compasión de la geometría utilitarista que, en vez de pedir la mayor felicidad para el mayor número, nos contentemos con pedir la menor cantidad posible de sufrimiento para todos.

Sin embargo de esta opinión tan unánime a favor de la sensibilidad hacia el dolor ajeno, y hasta de su exigibilidad, palpita un problema de primer orden, cual es el de saber si los actos compasivos no tendrán más defensores que practicantes. Pues parece darse aquí cierta hipocresía de la compasión, o, para ser más precisos, de la expresión de la compasión. Una hipocresía realzada en el latiguillo de los presentadores: “Nos gustaría no tener que emitir estas imágenes” o “Estas imágenes no deberían verse nunca más”; o aún más: “Advertimos que las siguientes imágenes son de una gran crudeza y pueden ofender la sensibilidad del espectador”. Ahora bien, no conozco a un solo espectador que no esté dispuesto a sufrir esas imágenes, porque están (estamos) acostumbrados a ellas; de hecho, y paradójicamente, lo único que consiguen tales advertencias es que el espectador deje lo que está haciendo en ese momento para fijar toda su atención en la pantalla.

Existe una apreciable diferencia, hoy como siempre, entre la “expresión” de la compasión y la “ayuda” que debiera seguir a la primera si en realidad se sintiera, como con tanta frecuencia se aduce, el dolor ajeno como propio. Pues todos los telespectadores se encontrarían en la más absoluta indignación tras tantas hambrunas y desastres diarios en el mundo y en la salita del televisor. El trecho entre “predicar” y “dar trigo” sigue siendo considerable: por un lado, tenemos la distancia de quien predica sentir pena por esto y lo otro (por un accidentado, por una viuda), pero hace bien poco por eliminar su pena mejorando la situación que la causa; por otro, tenemos la eficacia de quien ayuda al necesitado sin “compadecerlo” fisiológicamente; tomando decisiones personales, perteneciendo o impulsando asociaciones humanitarias, etcétera. Por un deseo o impulso de colaborar al margen de la contemplación física de realidades penosas. Conviene recordar que, hasta la llegada de la televisión, las catástrofes contempladas a lo largo de una vida humana siempre fueron relativamente escasas y, sobre todo, episódicas. Un civil solía contemplar *a lo largo de toda su vida* tres o cuatro fallecimientos y asistir a una o dos situaciones colectivas de emergencia. La sensibilidad encontraba motivos para la compasión sólo esporádicamente y, precisamente por ello, tales motivos se mostraban razonablemente eficaces. Pero las

⁵ Cfr. Popper, K. R., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Orbis, Barcelona, 1984, pp. 289-90.

treguas de la sensibilidad pertenecen al pasado. Como muestran la fatiga y la obsolescencia contemporáneas de la compasión, la capacidad de sentir auténtica empatía es inversamente proporcional al número de estímulos penosos recibidos. Y, dado que los estímulos son incesantes, nuestra economía afectiva se ocupa sobre todo de desviar las aflicciones que apuntan sin descanso al centro de nuestro corazón. Acaso resulte oportuno reproducir la siguiente cita de Samuel Johnson a partir del testimonio de James Boswell:

Más adelante, el doctor Johnson expone ese mismo pensamiento de manera más concisa:

“JOHNSON— Señor, es una afectación el pretender sentir las desgracias de los otros tanto como los interesados. Es lo mismo que si uno pretendiera sentir el dolor que experimenta un amigo al cortarle una pierna lo mismo que él”⁶

Hoy no podemos compartir por entero la cruda tesis de Johnson; sin embargo, no anda desencaminado al pensar que, si sintiéramos *todas* las desgracias ajenas como propias, caeríamos inmediatamente en la depresión. Pero no hay peligro de ello, por lo que cualquiera puede experimentar en sí mismo y observar en los demás. Vuelve, pues, con mayor fuerza la pregunta: ¿A qué motivos obedece la constante exhibición del horror y la crueldad?

Una posible respuesta al enigma viene sugerida por el sociólogo francés Pascal Bruckner. Bruckner ha sugerido cuál podría ser el papel de la falsa compasión en el seno del “optimismo oficial” de nuestra cultura:

“En contra del optimismo oficial, no hay nada más intolerable que la visión de la felicidad ajena cuando las cosas no nos van bien. El espectáculo de esa gente que desfila rebosante de dinero, salud y amor, la manera ostensible en que se pavonean y se dan importancia, resulta odioso. Por eso la contemplación diaria de los horrores del mundo en el telediario puede tener un efecto sedante: no es que nos alegremos especialmente de las desgracias de los demás, pero así nos sentimos menos solos y casi afortunados: “Es agradable ver de qué males nos libramos” (Lucrecio). Consuelo por comparación: necesitamos el desastre ajeno para ayudarnos a soportar el nuestro y comprobar que siempre sucede algo peor en otro sitio, que nuestra condición no es tan cruel. En general, la amargura nace del contraste entre la propia suerte y la de los más favorecidos, y engendra una cadena interminable de insatisfacciones: «Ser pobre en París es ser doblemente pobre», decía Zola, y es que la cercanía de la riqueza puede volvernos locos”⁷.

Si no es una sensibilidad cada vez mayor, sino menor lo que estamos consiguiendo con la asidua exhibición de las pústulas gangrenosas, debemos preguntarnos a qué se

⁶ Boswell, James, *La vida del Doctor Samuel Johnson*, Espasa-Calpe, Madrid, 1988, p. 142.

⁷ Bruckner, Pascal, *La euforia perpetua. Sobre el deber de ser feliz*, Tusquets, Barcelona, 2000, pp. 111-2.

debe su contumaz aparición en la pantalla. Y nos asiste el derecho a sospechar que el horror cotidiano de las tres de la tarde ejerce una función básica de vía de escape de lo reverses cotidianos; facilita la recreación morbosa del espectador, quien al contemplar un cuerpo mutilado en el interior de un coche piensa que por fortuna él sólo lo ve a distancia; que esa víctima en la operación Salida de Semana Santa no es él, pues este año se ha quedado en casa; experimenta, en fin, lo que Elías Canetti ha denominado el “placer del superviviente” bajo la capa de la falsa condolencia.

Esta explicación de la “morbosidad balsámica” (Jordi Vilamitjana) gana fuerza de convicción cuando la examinamos a la luz de la distinción entre moralidad densa y moralidad tenue llevada a cabo por Michael Walzer: por mucho que nos empeñemos en afirmar lo contrario, es una cuestión de hecho que no sentimos lo mismo por un amigo que por un extraño, por un miembro de nuestra cultura que por un miembro de una cultura lejana. Las relaciones morales no comienzan con un principio universal “tenue” (frío, general, teórico) que va haciéndose “denso” (cálido, concreto, práctico) conforme avanza en experiencia, sino al contrario: «La moralidad es densa desde el principio, culturalmente integrada, completamente significativa, y se revela tenue sólo en ocasiones especiales, cuando el lenguaje moral se orienta hacia propósitos específicos»⁸. No debemos perder de vista la posibilidad de que la pertinaz insistencia en estos iconos del horror no proporcione dolor vicario, sino una mezcla de curiosidad malsana y placer oculto.

Conviene, por último, añadir un factor que no siempre se valora en este ámbito: el derecho moral de los familiares a que las personas extrañas no vean el cuerpo descuartizado de su ser querido después de un siniestro, o incluso a no ver ellos mismos las imágenes antes de saber con certeza si ese ser querido formaba parte del pasaje. Es el respeto a la intimidad, la vida privada y la propia imagen de los afectados, preservada en las leyes, pero también en los códigos deontológicos internacionales y nacionales del periodismo: entre los primeros, el sexto principio de los *Principios internacionales de ética profesional del periodismo* promulgado por la UNESCO: “Respeto a la vida privada y a la dignidad del hombre”, y entre los segundos el décimo punto del Código Deontológico anexo al Estatuto del Periodista Profesional: «Respetar el derecho de las personas a su propia intimidad e imagen, especialmente en casos o acontecimientos que generen situaciones de aflicción y dolor, evitando la intromisión gratuita y las especulaciones innecesarias sobre sus sentimientos y circunstancias, especialmente cuando las personas afectadas lo expliciten así».

4. CONCLUSIONES Y PROPUESTA FINAL

Hemos abolido con la televisión la distancia entre las comunidades y las personas, pero principalmente de una manera imaginaria, y moralmente ilusoria, pues los

⁸ Walzer, Michael, *Thick and Thin*, Notre Dame (Indiana), University of Notre Dame Press, 1994, p. 4.

extraños siguen siendo extraños, aunque los veamos desfilar un momento por la pantalla. La diferencia entre la moral intragrupal, la que llevamos a cabo con las personas de nuestro entorno, y la extragrupal, esa otra moral mucho más distante que llevamos a cabo con los desconocidos que aparecen en efígie, sigue siendo considerable. Como decía acertadamente La Rochefoucauld, fustigando a quienes afirman “sobrellevar” la desgracia de los meros conocidos: «Todos tenemos fuerzas para soportar las desgracias ajenas»⁹. Que los espectadores contemplemos la imagen del muerto en un charco de sangre no significa que vayamos a velarlo o vengarlo: de hecho, todos seguimos comiendo o cenando con apetito en una especie de ceremonia macabra con dividendos de publicidad generada por las altas audiencias que se reproduce cada mediodía o cada noche en todo hogar bien surtido. Un espectáculo reforzado por la competencia económica de las empresas informativas con el que debiéramos ir pensando en acabar mediante el autocontrol de los programadores y periodistas, la administración de información de los servicios de urgencia en las catástrofes ciudadanas, la regulación deontológica y la regulación externa tutelada por un Consejo del Audiovisual que cumpliera con sus funciones sociales básicas.

Hasta ese momento, es el respeto y el tacto de los informadores el que debe circunscribir las imágenes de la aflicción personal, por respeto a las personas que lo sufren y por respeto a la sensibilidad del propio telespectador, a aquellos casos en que la imagen:

- 1) Sea de interés público
- 2) Resulte de utilidad para la comprensión de la noticia
- 3) Resulte de utilidad para la toma de conciencia de una situación susceptible de mejora
- 4) No dañe la dignidad, la intimidad o el derecho a la propia imagen de las personas representadas o sus allegados.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BOSWELL, James, *La vida del Doctor Samuel Johnson*, Espasa-Calpe, Madrid, 1988.
- BRUCKNER, Pascal, *La euforia perpetua. Sobre el deber de ser feliz*, Tusquets, Barcelona, 2000.
- LA ROCHEFOUCAULD, *Réflexions ou Sentences et Maximes morales et Réflexions diverses*. París: Champion, 2002.
- MATILLA, Luis, “La violencia en los medios audiovisuales”, en *Comunicación y Medios*, <http://www.comunicacionymedios.com/Reflexion/teorias/articulo24.htm#> (Fuente: Corporación Multimedia).
- SAMPEDRO, Víctor, BANKHURST, Kevin G. y CORDEIRO, Tânia, “La edad de la inocencia: Mercantilización Mediática”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Madrid (en prensa).
- POPPER, K. R., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Orbis, Barcelona, 1984.
- WALZER, Michael, *Thick and Thin*, Notre Dame (Indiana), University of Notre Dame Press, 1994.
- WATSON, J., y HILL, A., *A Dictionary of Communication and Media Studies*, Edward Arnold, Londres, 1993.

⁹<< Nous avons tous assez de force pour supporter les maux d'autrui>>; Maximes, 19.